

una doble huella de pasos, los unos regulares, en direccion de la campiña al teatro del crimen, los otros mas largos y en direccion inversa.

Estas huellas eran evidentemente las del asesino.

Aquella misma noche, pocos instantes despues del asesinato, Montcharmont, se presentaba en el molino de Saint-Prix con una escopeta, con aire asustadizo y únicamente para reclamar dos francos que se le debian. En vano fue convidarle á cenar; en cuanto recibió la espresada cantidad, echó á correr.

En las inmediaciones de este molino empezaba á perderse la doble pista de que hemos hablado poco ha.

Aquello produjo en el país un verdadero terror. Los unos no se atrevian á salir de sus casas, los otros se marchaban del departamento precipitadamente. Algunos recogian al asesino, le daban noticias y lo mantenian por miedo ó por cobardía. El cazador furtivo se habia convertido en bandolero; el bosque de Glux, era otra especie de Selva-Negra.

Por un poco tiempo, merced al gran conocimiento que tenia de las localidades, Montcharmont, pudo burlar las pesquisas de la autoridad, pero él mismo fue el primero que se cansó de aquella vida errante y salvaje. Por otra parte, el invierno se iba echando encima. Montcharmont salió una noche para Sennecey á donde llegó el 4 de diciembre, diciendo que era un criado que iba á Lion á buscar acomodo. Sin embargo, fue reconocido y arrestado.

Aquel hombre no pudo negar la evidencia de sus crímenes. Por lo demás, si á las veces sabia manifestar algun sentimiento por la muerte del gendarme, tambien se conocia que la del desventurado guarda no habia sido suficiente para extinguir el odio que le tenia su asesino.

El proceso se empezó en Chalons-Sur-Laone el 27 de marzo de 1851. Los debates van á mostrarnos aquel carácter salvaje y astuto, bajo un nuevo aspecto.

Montcharmont tiene veinte y nueve años. En su rostro se vé el sello de una falsa hombría de bien. Lleva una barbilla rubia, sus facciones son bastante finas y fresca su tez. A no ser por la movilidad ansiosa de su fisonomía, seria imposible conocer en aquel paisano al bandido que ha aterrorizado todo aquel país. Es pequeño, y sus espaldas muy anchas, anuncian una fuerza poco comun. Todas sus respuestas manifiestan el miedo al castigo, pero no la conciencia de la falta.

El primer testigo á quien se oye es el gendarme *Brouet*. Aun tiene el rostro pálido, y se conoce que padece mucho. En su pecho brilla la Legion de Honor, justa recompensa de su valor sereno.

El testigo refiere sencillamente los hechos, el encuentro que tuvo con Montcharmont y las amenazas de este, á las que siguieron inmediatamente las obras, y la muerte de su camarada.

*Presidente*, á Montcharmont: ¿Qué teneis que responder?

*Montcharmont*: Mi querido señor: yo he oido

un gran ruido de armas y de caballos... me he creido perdido... he empezado á temblar, y he gritado: ¡Me rindo! Los tiros han salido... ¡Ah! mi querido señor, los gendarmes son mis amigos; yo no hubiera querido matarlos. ¡Cuánto siento al buen gendarme Emery! ¡Era un buen compañero; habíamos bebido juntos muchas veces, y me habia dado muy buenos consejos!

*Presidente*: Sin embargo, vos habeis prorrumpido en amenazas, habeis dicho que no se os cogeria fácilmente, que lo que costaba era el primer paso.

*Montcharmont*: Mi querido señor: yo no recuerdo haber dicho eso. Hablo delante de vos, como hablaria delante de Dios.

P. ¿A los dos dias habeis muerto al guarda-bosque Gauthcy?

R. Mi querido señor; los testigos lo sabrán mejor que yo; despues de ese pícaro atentado contra el gendarme, yo estaba muerto, yo no era mas que un cadáver. No sabia lo que hacia, *bajo palabra de honor*.

*Presidente*, con severidad: Vos lo habeis perdido ya.

*Montcharmont*: Es cierto, mi querido señor. Me habian escitado á matar al guarda Gauthcy, porque me habian dicho: ¡Ahora eres ya hombre perdido, mas vale que mates á tus enemigos!

P. ¿Quién os ha hablado de ese modo?

R. Las gentes, mi querido señor.

P. ¿Quién?

Montcharmont no contesta.

P. ¿Vos no os arrepentís de la muerte de Gauthcy, lo habeis manifestado asi mas de una vez?

R. Yo no podia sentirla tanto, mi querido señor, como la de ese buen gendarme Emery. ¡Oh! los gendarmes, mi querido señor, yo no les hubiera tirado si me hubiesen dicho algo.

P. Pero el desgraciado Emery ha gritado: ¡No tires! mas aun no habia concluido la frase, cuando vos los habeis herido á entrambos.

R. Eso puede ser mucha verdad, mi querido señor, pero yo no lo he oido.

P. ¿Por qué no os arrepentís de haber cometido la barbarie de asesinar al guarda en medio de sus niños?

R. Mi querido señor, yo no digo que no me arrepienta; me arrepiento, pero no me pesa tanto haberlo hecho, como el haber muerto á ese buen gendarme. El guarda es la causa de todos mis males; Dios podria perdonarme mejor su muerte que la del gendarme Emery.

*Presidente*: ¿Qué estais diciendo, desdichado?

Montcharmont baja la cabeza y murmura algunas palabras ininteligibles.

*Presidente*: Vos teníais mala voluntad al guarda, porque os hacia sumariar cuando os cogia contravieniendo á los bandos de policía. Tambien habeis amenazado por esta misma causa á otro guarda-bosque. Hasta habeis llegado á hacerle decir á su padre por otra tercera persona que tenia que daros 300 francos, si queria salvar la vida de su hijo.

*Montcharmont*: No creo haber dicho semejante